

I.

En esa parte del libro de mi memoria, antes de la cual poco se podría leer, se encuentra un título que dice: “Incipit vita nova”¹. Bajo ese título encuentro escritas las palabras que tengo la intención de transcribir en este librito; y si no todas, al menos su sentido.

II.

Nueve veces ya desde mi nacimiento había vuelto el cielo de la luz casi a un mismo punto, en cuanto a su propio movimiento giratorio, cuando apareció ante mis ojos por primera vez la gloriosa señora de mi mente, que fue llamada Beatrice por muchos que no sabían cómo se llamaba. Ella había estado en esta vida tanto como el tiempo en que el cielo estrellado se había movido hacia el oriente la duodécima parte de un grado, así que casi desde el principio de su noveno año se me apareció, y yo la vi casi al final de mis nueve. Apareció vestida de un color muy noble, humilde y honesto, sanguíneo, ceñida y adornada a la manera que convenía a su jovencísima edad. En ese momento digo que en verdad el espíritu de la vida, que vive en el cuarto más secreto del corazón, empezó a temblar tan fuerte que se notaba horriblemente en los menores pulsos; y temblando dijo estas palabras: “Ecce deus fortior me, qui veniens dominabitur mihi”². En ese momento, el espíritu animal, que vive en la habitación

¹ “Comienza la vida nueva”.

² “Este es un dios más fuerte que yo, que viene a dominarme”.

alta a la que llevan sus percepciones todos los espíritus sensitivos, se empezó a asombrar mucho y hablándoles especialmente a los espíritus de la vista dijo estas palabras: “Apparuit iam beatitudo vestra”³. En ese momento, el espíritu natural, que vive en el lugar donde se regula nuestro alimento, empezó a llorar y llorando dijo estas palabras: “Heu miser, quia frequenter impeditus ero deinceps”⁴. Desde entonces digo que Amor se adueñó de mi alma, que muy pronto se casó con él, y empezó a adquirir sobre mí tanta audacia y tanto dominio por el poder que mi imaginación le daba que me veía llevado a cumplir todos sus deseos completamente. Muchas veces me ordenaba que tratara de ver a esa angelita jovencísima, por lo que muchas veces en mi niñez la estuve buscando, y la veía de una actitud tan noble y elogiabile que ciertamente podía decirse de ella la frase del poeta Homero: “No parecía hija de un mortal, sino de un dios”. Y aunque su imagen, que continuamente estaba conmigo, fuese el atrevimiento del Amor para dominarme, sin embargo era de tan noble virtud que nunca admitió que Amor me controlara sin el fiel consejo de la razón en aquellas cosas donde tal consejo fuese útil de escuchar. Pero como sobreponerse a las pasiones y actos a tal juventud pueda parecerle a alguno una exageración, lo dejaré de lado; y pasando por alto muchas cosas que podrían extraerse del ejemplo del que surgen estas, iré a esas palabras que están escritas en mi memoria bajo títulos principales.

³ “Ya apareció su felicidad”.

⁴ “Qué miserable, porque en adelante será obstruido con frecuencia”.

III.

Después de que pasaron tantos días que justo se habían cumplido nueve años desde la citada aparición de esta gentilísima, en el último de esos días sucedió que esa mujer admirable se me apareció vestida de un color blanquísimo en medio de dos gentiles damas que tenían mayor edad; y al pasar por una calle dirigió sus ojos hacia donde estaba yo, muy asustado, y por su inefable cortesía, recompensada hoy en lo eterno, me saludó muy virtuosamente, de tal modo que me pareció ver entonces todos los confines de la beatitud. La hora en que me llegó su dulce saludo era exactamente la novena de aquel día⁵; y dado que fue la primera vez en que sus palabras se pronunciaron para llegar a mis oídos, sentí tanta dulzura que me aparté como embriagado de la gente y corrí al sitio solitario de mi cuarto y me puse a pensar en ella tan cortés. Y pensando en ella me sobrevino un sueño suave en el que se me apareció una visión maravillosa: me parecía ver en mi habitación una nubecita color fuego, dentro de la cual discernía la figura de un hombre de aspecto aterrador para quien lo mirase; y me parecía tan contento consigo mismo que era algo admirable; y en sus palabras decía muchas cosas, de las que yo entendía solo unas pocas; y entre ellas escuché estas: “Ego dominus tuus”⁶. En sus brazos me parecía ver a una persona que dormía desnuda, salvo que parecía

⁵ Según los oficios religiosos, que toman una división latina, la tercera hora después de la sexta del día, es decir, después del mediodía, alrededor de las tres de la tarde.

⁶ “Yo soy tu amo”.

envuelta ligeramente en un paño color sangre; y después de mirarla muy intensamente, supe que era la mujer de la salud, que el día antes se había dignado saludarme. En una de sus manos me parecía que el hombre sostenía una cosa que ardía por completo; y me pareció que me decía estas palabras: “Vide cor tuum”⁷. Y cuando él había estado así un rato, me pareció que despertaba a la durmiente, y tanto se esforzaba en su empeño que le hacía comer la cosa que le ardía en la mano, que ella comía tímidamente. Después de eso, su alegría no tardaba en convertirse en llanto amargo; y llorando así, agarraba a esa mujer en sus brazos y me parecía como si se fuera con ella hacia el cielo; entonces me invadía una angustia tan grande que ya no podía sostener mi debilitado sueño sino que se rompió y me desperté. De inmediato empecé a pensar y me di cuenta de que la hora en la que había tenido esa visión había sido la cuarta de la noche; de modo que resulta evidente que fue la primera hora de las nueve últimas horas de la noche. Pensando en lo que se me había aparecido, me propuse hacérselo saber a muchos de los que eran trovadores famosos en esa época: como era el caso de que yo había conocido ya por mí mismo el arte de decir palabras con rima, me propuse hacer un soneto en el que saludase a todos los fieles de Amor; y pidiéndoles que juzgaran mi visión, les escribí lo que había visto en mi sueño. Y empecé entonces este soneto, que comienza: “A cada alma cautiva”.

⁷ “Mirá tu corazón”.

A cada alma cautiva y noble ánimo,
a quienes van las palabras presentes,
y que me escriban lo que les parece,
salud en nombre del Amor, su dueño.
Ya eran casi un tercio de las horas
del tiempo en el que brilla cada estrella,
cuando me apareció Amor de repente
cuyo aspecto me aterra recordar.
Me parecía alegre Amor teniendo
mi corazón en mano y en sus brazos
a mi dama durmiendo con un paño;
después la despertaba y el corazón ardiente
ella comía humildemente tímida:
luego yo lo veía irse llorando.

Este soneto se divide en dos partes: en la primera parte saludo y pido respuesta, y en la segunda explico a qué se debe responder. La segunda parte empieza en este punto: “Ya eran”.

Este soneto fue respondido por muchos y con diversas opiniones; entre los que respondieron estaba aquel a quien llamo el primero de mis amigos⁸, que escribió entonces un soneto que comienza: “Viste, en mi opinión, todo valor”. Y este fue casi el principio de la amistad entre él y yo, cuando supo que era yo quien se lo había mandado. El verdadero significado del sueño no fue visto entonces por ninguno, pero ahora está clarísimo hasta para los más simples.

⁸ Guido Cavalcanti, cuyo poema número XXXVII se cita por el primer verso.

IV.

Desde esta visión en adelante mi espíritu vital empezó a ser obstruido en su funcionamiento, ya que el alma estaba totalmente dedicada a pensar en esa dama tan gentil; por lo que en poco tiempo me volví de condición tan frágil y débil que a muchos amigos los apenaba verme; y muchos llenos de envidia ya procuraban saber de mí lo que yo quería ocultar del todo a los demás. Y yo, dándome cuenta del perverso interrogatorio al que me sometían, por la voluntad de Amor, que me ordenaba siguiendo el consejo de la razón, les respondía que Amor era el que así me había estropeado. Hablaba de Amor porque tenía en la cara tantos de sus signos que no se podía esconder. Y cuando me preguntaban: “¿Por quién te destruyó así este Amor?”, yo los miraba sonriendo y no les decía nada.

V.

Ocurrió un día que la nobilísima estaba en un lugar donde se oían palabras sobre la reina de la gloria⁹, y yo estaba en un sitio desde el cual veía mi felicidad: y entre ella y yo, en línea recta, había una mujer noble de muy agradable aspecto, que me miraba muchas veces, sorprendiéndose por mi forma de observar, que parecía que apuntase a ella. Por lo que muchos se dieron cuenta de su mirada; y tanto se fijaron en eso que al irme del lugar sentí que decían detrás mío: “Miren como

⁹ Letanías de la Virgen.